

C
972
S

PQ 72
.D3C1
128

Cuna. Yo que experimento respetuosa admiración por esta mayestática figura, cuya es el alma más maternal que he conocido, no he de escatimarle mis alabanzas.

Los versos de Fontoura Xavier, traducidos admirablemente por José Santos Chocano, nos habían ya revelado el alma eximia de la literatura brasileña. Y más nos convencimos de ello con la reciente visita de Ronald de Carvalho, quien en sus medulosas conferencias nos puso de manifiesto el grado de adelanto en que se encuentra la lírica de su país. En una literatura que ha alcanzado tan poderoso desarrollo, no podía faltar en manera alguna la nota femenina. De las poetisas brasileñas, señalaré a la más notable: Gilka Machado. (4).

Caracterízase ésta por un fogoso temperamento lírico. Antójjase una exaltadora del amor como la Condesa Noailles. Es una poetisa sensual toda ojos y labios, tacto y olfato. Hay en sus poemas una belleza extraordinaria; su sensualidad tiene algo de panteísmo religioso, en

(4) Incluyo en este trabajo a Gilka Machado, aun cuando no escribe en castellano, porque los escritores brasileños están muy cerca de nosotros espiritual y geográficamente.

el cual todo se purifica. Toda su alma sedienta y todos sus nervios estremecidos tienen vida en sus versos, de los que desprendo un haz de ellos para que los gustéis con sabrosura:

Distante de ti, mi ansia te precisa a mi lado,
quiere sentir tu cuerpo, la carne impura y viva;
tener la certidumbre de que estás humanado,
gozar todo el calor que de ti se deriva.

Pero no sé si porque tanto te haya soñado,
esta pasión se hizo apenas subjetiva.
Corro a ti (y es mi sér un grito y un llamado)
y cada vez de mí más tu forma se esquivo.

Te busco, luego vienes, siento tus pasos pres-
(tos,
sutiles (más sutiles sólo marchan las brisas),
traes olor en la voz, el mirar y en los gestos.

Y de ti cerca, toda esta ansia se resume
en tener la impresión de que te vaporizas
y en quedarme absorbiéndote, como un sutil
(perfume.

Y el carácter de sensualismo que hay en las
estancias de la Machado, de la Ibarbourou y
de la Storni, más se acentúa en Alice Lardé,

C
972
S

PQ 72
.D34
U8

joven y hechicereza poetisa salvadoreña, que por sus cantos es blasón y prez de la literatura de Centro América.

La obra de la Lardé, según el atinado sentir de Franco Carreño, presenta una rara cualidad por la elevación sincera con que vierte sus anhelos íntimos de mujer; anhelos inconfesados de las muchachas púberes, que se guardan como un pingüe tesoro escondido en la honda sima de la conciencia; anhelos cuyo sólo pensamiento pone erubescencias en las carnes núbiles. Muchos de los temas que trata son audaces en demasía; y sin embargo, son ajenos a despertar otra emoción que no sea la estética. Con qué fuerza de expresión toca los asuntos escabrosos en la poesía intitulada "Qué Raza Más Viril", que es una de las más fuertes de las que integran su libro "Sombras y Llamas":

¡Oh, cuánta luz solar! ¡Cuánta energía debe de haber ahora en las montañas!
¡Cómo se agitará con alegría
el cisne fecundado entre las cañas!

Sus frutos van a dar todos los árboles;
revientan, hechos rosas, los botones;

-24-

y en la piscina de pulidos mármoles se reproducen peces a millones....

Al dios Febo, que fulge radioso,
seres y cosas rinden su tributo....
¡Y yo que soy un sér tan vigoroso,
no puedo dar aún mi regio fruto!

Para mí no ha llegado todavía
la hora en que feliz podré ofrendarme...
¡Aun no despunta victorioso el día
en que vendrá mi amado a fecundarme...

¡Oh, cuánta luz solar, cuánta energía
debe de haber ahora en las campañas
¡Qué raza más viril la que saldría
de este vigor que bulle en mis entrañas!

Cuando alguien osó herir a la Lardé en su pudor de mujer, ella publicó unas líneas acerca de la desnudez en el arte. Dijo entre otras cosas: "Cuando aparecen Zoilos hablando mal de las composiciones en que se expresa claramente la vida, bajo el encanto de la forma, el lector sereno e instruído no puede menos de sentir honda pena al oír de ellos la protesta

-25-

26382

C
972
S

PQ 72
.D34
U8

contra tales manifestaciones. En una estatua o cuadro al desnudo, el artista contempla sólo lo bello de la naturaleza, y el espíritu bajo o pervertido por malas pasiones, sólo ve la expresión pornográfica. Lo mismo acontece con la poesía. Y entonces, ¿por qué lo que es legítimo en un caso, no ha de serlo en el otro?"

Creo que respondió tan atinadamente a su crítico, como nuestra Sor Juana a su confesor el Padre Núñez. "No está bien,—decía éste a la monja, tratando de arrebatárle un soneto erótico—que escribáis tales cosas, que no son más que inspiraciones del demonio que pretende tentarnos". A la cual observación contestó la poetisa: "Nada que esté dentro del arte es malo ni repugnante; un producto de emoción es siempre bello y toda belleza santifica la vida".

Pero sigamos. En este concierto de la poesía femenina contemporánea, nuestro país se encuentra ventajosamente representado por el numen aligero de María Enriqueta Caramillo de Pereyra; alma musicalina y transparente, que con su libro "Rumores de mi Huerto" (prologado por don Victoriano Salado Alva-

rez) nos hace admirar las excelencias de la mujer mexicana que ama su hogar sobre todas las cosas. Ella canta la poesía de la casa, alaba el ambiente de nuestras provincias y entona laudes a nuestras montañas. Todas las cosas familiares de que nos habla nos dicen su hechizo, y a través de sus composiciones descubrimos los veneros de poesía que encierra cuanto nos rodea, y que antes que ella nos lo dijese ni siquiera lo sospechábamos. Pero si María Enriqueta rivaliza con sus hermanas de América, por la alteza de su numen, y por la ternura de su alma, ninguna de ellas la iguala en la perfección formal. En efecto, todas las modernas poetisas, cegadas acaso por la fuerza del estro, concentran toda su atención en las ideas y descuidan del todo el pulimento de la forma. Además, la imperfección exterior de sus versos se debe a que la mujer en arte obra más por impulso que por educación. Nuestra compatriota, por el contrario: al mismo tiempo que cuida de la nobleza del fondo, cincela con benedictina paciencia sus estrofas y las exorna de tal modo, que nos brinda su vino en ánforas ricamente labradas. ¿Qué mucho, pues, que todos la admiremos, si no es solamente una